

Rafael Acosta. *Momentos (30 haikus)*. La Habana, Ed. Letras Cubanas, 2002

Prólogo de Jorge Luis Arcos

En un cuento que leí en mi remota infancia, en la excelente compilación de Herminio Almendros, *Oros viejos*, se narra la historia de un pintor chino que es llevado a palacio por el emperador. Quiere que pinte para él y lo encierra en un cuarto. Una mañana, el pintor ha desaparecido. En la habitación queda un lienzo, un paisaje. En la yerba se ven las huellas del pintor que ha huido a través de la naturaleza. Esa fue mi primera revelación del imaginario asiático.

Qué extraño que Colón, como tan bien recrea Alejo Carpentier en su novela *El arpa y la sombra*, muriera pensando que había llegado al reino de Cipango o a Catay, cuando en realidad acaso los primeros pobladores de América migraron desde Asia y fueron, qué duda cabe, los verdaderos descubridores. Continuando los equívocos, pero esta vez dentro de unas décimas humorísticas que inician nuestra tradición del disparate poético, Manuel de Zequeira escribe: “Carlos doce, Rey de China...”, tal vez la primera alusión al reino del fabuloso gran Khan en nuestra literatura. Al final del siglo XIX, otro poeta, Julián del Casal, quería pasearse, en otra *ronda* habanera, esta diurna, disfrazado de japonés. Es en realidad en nuestra literatura modernista cuando se asientan las referencias asiáticas en nuestra cultura. Martí, en *La Edad de Oro*, ya conoce en profundidad al budismo e invita a los niños a un paseo por la tierra de los anamitas. Muchos chinos se

establecieron en Cuba hacia fines del XIX y pelearon en nuestras guerras por la independencia, y continuaron llegando hasta la primera mitad del XX: agricultores, lavaderos, pequeños comerciantes.... En una canción de los Matamoros se invoca una fiesta japonesa y al misterioso Bolichán, suerte de filósofo desconocido nuestro: “Dice Bolichán, la vida es así...”. Regino Pedroso, de ascendencia china, escribió su excelente poemario, *El ciruelo de Yuan Pei Fu*. Hoy día *lo chino* forma parte de nuestra fisonomía racial y cultural. Lo chino como sinécdoque de lo asiático conforma también un interesante imaginario nuestro. Ya en la década del sesenta, muy especialmente a través de Akira Kurosawa, se nos reveló un maravilloso cine japonés. Un clásico del cine japonés, *Kwaidán* (cuentos fantásticos) se exhibía a menudo en la Cinemateca de Cuba, basado en las versiones que realizara el inglés Lafcadio Hearn de mitos y leyendas japonesas. Tampoco falta en tantos hogares cubanos la popular cerámica de una suerte de Buda colorido y sonriente. Y todos vivimos la convulsa guerra de Vietnam, tan cercana a los cubanos por más de una razón. La figura del estadista y poeta Ho Chi Minh, evocada en un poema de Fina García Marruz, ha quedado como una de las figuras más puras del siglo XX. Luego, al menos en mi caso, encontré en las *Confesiones de un fumador de opio inglés*, de Thomas de Quincey, sugestivas alusiones a una China profunda, de la imaginación.

Pero lo más asombroso es la enorme cantidad de referencias asiáticas, fundamentalmente chinas y japonesas, en menor medida vietnamitas, que detenta nuestra poesía. Luego de las evocaciones exóticas modernistas, y de Regino Pedroso, reaparece en Lezama la cultura asiática, taoísta, en su ensayo “Las eras imaginarias: la biblioteca como dragón” y

muy especialmente en su maravillosa recreación del *tokonoma* de su último poema, “El pabellón del vacío”. Muy recientemente, el poeta Emilio García Montiel y el filósofo Gustavo Pita se han convertido en inusitados expertos en la cultura japonesa. El sabio japonés Ikeda dialoga con Cintio Vitier sobre José Martí. Y Omar Pérez con Deshimaru en el dojo zen de La Habana. Por cierto, en un reciente ensayo de Omar se evoca una deliciosa referencia de una canción de Miguelito Valdés, “Los hijos de Buda”: “Buda, buda, buda, buda / Son los hijos de Buda que se van”. Pero es exactamente en la poesía cubana de la segunda mitad del siglo XX donde las referencias asiáticas van a encarnar una extraña constante. En primer lugar, José Kozer-“y en el bosque de la China, una China se perdió”, dice en unos versos-, quien ha traducido, aunque del inglés, la poesía china y japonesa, y ha escrito numerosos poemas inspirado en esas culturas. Entre las múltiples fuentes culturales que conforman su abigarrada cosmovisión, el budismo zen ocupa un lugar muy especial. La lista, no exhaustiva, de poetas que han incursionado en temas y referencias a lo asiático es verdaderamente sorprendente: Eugenio Florit, Fina García Marruz, Roberto Fernández Retamar, Miguel Barnet, Luis Rogelio Noguera, Pío E. Serrano, Leonardo Acosta, Raúl Hernández Novás, Jorge Iglesias, Alex Fleites, Roberto Méndez, Alex Pausides, Rolando Sánchez Mejías, Juan Carlos Flores, son algunos de ellos, que alguna vez me estimularon para esbozar una antología que permanece inédita. A estos poetas se suma ahora Rafael Acosta de Arriba con esta breve pero intensa colección de treinta haikus.

Ya el título es un acierto, *Momentos* –“Haiku es simplemente lo que está sucediendo en este lugar, en este momento”, dijo Matsuo Basho-, no sólo por la conocida brevedad de

estas composiciones, sino porque alude a uno de sus ingredientes fundamentales: el tiempo. Un sentido melancólico del tiempo, que me recuerda aquella sentencia de Louis Massignon, el famoso orientalista francés, que gustaban citar María Zambrano y Lezama: “Satán ha sido condenado a enamorarse de las cosas que pasan y por eso llora”. Un tiempo ahíto de rápidas resonancias metafísicas o simbólicas pero afincado siempre en la inmediata realidad: el paisaje físico, la naturaleza. Como aquel poeta y pintor chino, Yosa Buson, los haikus de Rafael Acosta, a veces verdaderas *pinceladas* poéticas, soportan un intenso y sugerente cromatismo. Es la veta parnasiana de nuestros modernistas. Como ciertos *versos sencillos* de Martí pueden evocar el espesor simbólico y temporal del haiku –también su paradójica resolución-, no por gusto, conocido también como poema zen o, con mayor sugerencia, como el poema del silencio. Escribe Rafael: “En ese libro / Sólo se leen silencios / Es mi preferido”. O como los describe el poeta e investigador peruano Javier Sologuren: “Mínimas, delicadas, sugestivas impresiones. Instantáneas en las que de pronto puede revelárenos un resplandor de eternidad”, como cita la poeta japonesa Sakoto Tamura, quien establece una interesante relación entre el satori, la iluminación del zen y el instante de la inspiración poética. Todos estos atributos comparecen en los poemas de Rafael. También el amor, cierto erotismo interior, acaso no ajeno a la raíz cosmogónica de la poesía japonesa, fundada sobre las palabras amorosas que intercambian el primer hombre y la primera mujer: “¡Qué hermoso eres!”, se dicen ambos, y de ellos nacen los dioses y las islas del Japón, suerte de versión japonesa del Verbo creador.

El libro aparece presidido por una referencia al errante Matsuo Basho, así como a los mexicanos Tablada y Paz, en quienes se ha inspirado el poeta. Igualmente pudiera haber evocado a Ezra Pound. O a Borges. En un artículo que me facilitó el propio Rafael, aparecido en el periódico *El País*, de España, sobre el reciente poemario *Rincón de haikús*, de Mario Benedetti, se da cuenta de los diez y siete haikus que le escribiera Borges a su mujer, y que incluyera en *La cifra*. Transcribo dos, al azar: “¿Es un imperio / esa luz que se apaga / o una luciérnaga?” y “La vieja mano / sigue trazando versos / para el olvido”, lo que acentúa la oportunidad del famoso poema de Gastón Baquero, “Epitafio para María Kodama”, que concluye así: “Jorge Luis Borges, / el jardinero japonés que un día, / desesperado de soledad, / engendró a María Kodama”. Libros íntegros de haikus escribieron Eugenio Florit y Pio E. Serrano. Muy intensos, los haikus de Raúl Hernández Novás. Y ahora Rafael, quien aventura un haiku libre, es decir, no se atiene a los tradicionales tres versos de 5, 7 y 5 sílabas, pero conserva intacta su esencia.

No quisiera concluir estas palabras preliminares sin referirme a los excelentes dibujos de Juan Roberto Diago. La estrecha relación entre la poesía y la pintura asiáticas se revive aquí entre la poesía y la pintura cubanas. Poesía, ya decía, que se abre a numerosas imágenes cromáticas y pintura que evoca la poesía. Sirva este libro de Rafael, tan bien acompañado por Diago, para espesar más nuestra misteriosa relación poética con los legendarios Cipango y Catay, que alguna vez, en la imaginación de un marino alucinado, fueron también nuestra isla.

Jorge Luis Arcos

6 de noviembre, 2002